

Iritzia

Behatokia

POR
Joaquín
Arriola



Crece a crédito

¿Sabemos qué significa la expresión 'crecimiento económico'? A tenor de que se dice que "para crear empleo primero hay que crecer", se adivina confusión al respecto

SEGÚN el relato oficial de la Eurozona, la crisis de 2009 se comenzó a atajar con las políticas de ajuste impulsadas desde 2010. Los países que más se han ajustado han logrado vencer la crisis y desde 2014 están comenzando a recuperarse. Y para demostrarlo, se presenta el dato del crecimiento económico. Como la economía no se entera de que se ha decretado su recuperación, los precios siguen bajando, que es lo que ocurre cuando la economía está estancada. La caída de precios se produce en la Eurozona y se extiende en los últimos tiempos al este de Europa, que hasta ahora era la *reserva de crecimiento* de la Unión Europea (UE) en su conjunto. ¿Pero sabemos realmente que significa la expresión *crecimiento económico*? A tenor de la facilidad con la que políticos y gente de toda laya repiten la expresión inconexa que dice "para crear empleo primero hay que crecer", parece que al menos en la clase (o casta) política hay cierta confusión al respecto, porque, ¿en qué consiste ese extraño crecimiento, que precede a la creación de empleo?

El crecimiento económico mide la velocidad con la que una economía produce y distribuye nuevos bienes y servicios, medidos en su forma monetaria equivalente, durante un periodo de tiempo (un año, un trimestre). Y para generar más valor añadido, primero

hay que trabajar más. Por lo tanto, difícilmente puede el trabajo ser una consecuencia del crecimiento, cuando es su condición necesaria. Si la economía no crece, o crece poco, es porque hay mucho trabajo potencial despilfarrado, generalmente en forma de desempleo.

Es cierto que con el mismo o menos trabajo se puede producir más. Es lo que se denomina *aumento de la productividad*, que es la principal consecuencia del cambio tecnológico. Y el cambio tecnológico se acelera cuando aumenta la inversión, que es lo que más se ha reducido desde que empezó el ajuste en 2010. El aumento de la inversión que se produjo por primera vez el año pasado es aún insuficiente para compensar la pérdida de capital de los años anteriores. Ciertamente, también se pueden lograr ganancias de productividad aumentando el ritmo y la intensidad del trabajo. Una productividad un tanto espuria, insostenible en el tiempo, pero que también está presente en la dinámica actual.

De este modo, en 2014, los puestos de trabajo (medidos a tiempo completo) aumentaron en España un 1,2%, y en el conjunto de la Eurozona en torno a un 0,5%. En consecuencia, el PIB aumentó en España un 1,4% y en la Eurozona un 0,9%.

Pero el problema no es que los aumentos de productividad sean escasos y que al actual ritmo de creación de empleo, una generación de jóvenes puede llegar a la edad de jubilación sin haber encontrado un empleo estable. El problema es que la única causa que está detrás de ese aumento del empleo es el gasto público. No es cierto que en la Eurozona haya austeridad fiscal: en los años del ajuste (2010-2014), la Eurozona aumentó en 797.000 millones de euros el valor añadido, pero para lograrlo tuvo que generar 2,2 billones de euros de deuda pública, y más de 200.000 millones de deuda empresarial. Hoy, la deuda pública de la Eurozona se eleva a 9,7 billones de euros; la deuda empresarial, a 7,8 billones de euros, y la de las familias, a 6 billones. En suma, la economía de la Eurozona tiene una deuda total de 24 billones de euros, con un PIB de 10 billones, y una capacidad de generación de nuevo PIB (es decir de crecimiento) de unos 250.000 millones al año. Solo pagar los intereses de la parte pública de la deuda de la Eurozona (255.000 millones en 2015) supera la capacidad de crecer de la economía. Ciertamente, Alemania, logra aumentos de valor añadido superiores a los intereses que tiene que pagar su deuda pública, pero para todos los demás el servicio de la deuda se come todo

el crecimiento y la mayoría de ellos –Grecia, cierto, pero también España, Bélgica, Francia, Italia, Chipre, Portugal, Holanda, Austria, Finlandia o Eslovenia– no crecen lo suficiente ni siquiera para pagar los intereses, no digamos para amortizar la deuda. En el conjunto de la UE, tan solo los países bálticos, Dinamarca, Suecia, Polonia, Hungría, Rumanía Chequia y Eslovaquia escapan (por ahora) a esta trampa de la deuda. No es una casualidad que, con excepción de Estonia y Letonia, ninguno forme parte de la Eurozona. La excepción alemana no es tal, si tenemos en cuenta que casi todo su crecimiento se ha producido gracias a las compras (a crédito) de productos alemanes por parte de sus socios comerciales. El aumento del empleo y la producción en Alemania es la otra cara de la acumulación de deuda en la periferia europea. Y la imposibilidad de hacer frente con la nueva producción al servicio de la deuda pública y privada se está traduciendo en un creciente dominio político y económico por parte del capital financiero, que se cobra con la riqueza acumulada por los países lo que no puede recaudar con un valor añadido insuficiente para satisfacer a los acreedores.

Tampoco es este un problema exclusivo de la zona euro; en términos nominales, es decir sin descontar la variación de precios, entre 2010 y 2014 Estados Unidos generó 3 billones de dólares extra de PIB, pero a costa de 5,8 billones de deuda pública; Gran Bretaña, para crecer en 300.000 millones de libras, tuvo que aumentar la deuda en más del doble de esa cantidad, y Japón, para generar 17 billones de yenes de nueva renta, tuvo que generar 215 billones de yenes de nueva deuda pública.

El problema de la insostenibilidad de la deuda, por tanto, no es algo exclusivo de Grecia o los vagos y maleantes del sur de Europa. Ni siquiera un problema que derive de los

fallos estructurales en la formación de la Eurozona, como el excesivo control financiero del Banco Central Europeo, la ausencia de estructuras fiscales comunes o la ausencia de un sistema bancario único que acompañe a la moneda única. La cuestión de fondo es que, desde hace mucho tiempo, las economías desarrolladas han perdido la senda del crecimiento basado en aumentos de productividad y solo son capaces de crecer endeudándose. Pero este problema estructural de las economías capitalistas desarrolladas está siendo orillado en el debate internacional, centrado en urgencias de corto plazo y en intentos por lograr revivir una especie de keynesianismo militar capaz de dinamizar la demanda y la producción.

Este endeudamiento público y empresarial más allá de lo razonable tiene una consecuencia política indeseable: los agentes financieros han pasado a dominar las decisiones de política económica. La prioridad ha consistido en salvar a los bancos del desastre que ellos mismos han provocado y, a continuación, la economía política se ha sustituido por la contabilidad financiera, aplicando unas reglas presupuestarias orientadas a garantizar el flujo de renta hacia el capital financiero y una modificación de las reglas laborales para garantizar mayores beneficios a costa de los salarios, para facilitar que las empresas se desenduzquen y vayan pagando los intereses de la deuda.

La crisis de la deuda esconde por tanto una crisis productiva que si en un primer momento algunos dirigentes políticos intuían que solo se podría resolver con una *refundación* de las bases económicas y sociales del capitalismo, pronto abandonaron dichas reflexiones presionados por los intereses cortoplacistas de las *altas finanzas*, o como se las denomina ahora, *los mercados*. El momento griego de la crisis puede que deje como resultado la necesidad de abordar políticamente la crisis de la deuda como un problema de la Eurozona en su conjunto y de modo más general del capitalismo desarrollado, en el cual la deuda se presenta como síntoma coyuntural de problemas estructurales de la sociedad. Que esto suceda, sin embargo, pasa por suprimir el control ejercido por los banqueros sobre las políticas de nuestros países. La historia nos enseña que la deuda nacional siempre comienza como un problema financiero y económico, cuya solución es siempre política.

* Profesor de Economía Aplicada de la UPV/EHU

Este endeudamiento público y empresarial más allá de lo razonable tiene una consecuencia política indeseable; los agentes financieros han pasado a dominar las decisiones de política económica

 **Albia** | Nuestra Señora de Begoña
servicios funerarios

 900 24 24 20

Bilbao, Tellería,32 _____ Tel: 94 445 35 58
Durangaldea, Pol. Padureta, UAL 3 _____ Tel: 94 620 40 81
Zornotza, Pol. Biarritz, z/g _____ Tel: 94 630 19 44
Ermua _____ Tel: 94 317 69 84

Zumaia, Santiago Auzoa, 26 _____ Tel: 94 386 15 56
Mutriku, San Agustín, 15 _____ Tel: 94 360 47 78
Eibar, Txaltxa Zelai, 4-6 _____ Tel: 94 320 10 95
Donostia, María Dolores Aguirre,96 _____ Tel: 94 332 26 33

A tu lado.
Para tu tranquilidad.

www.albia.es